

# TORCA DE LA GRAJERA 2016

Septiembre de 2016. Superados los 1400 m, la senda normal de ascenso se dirige hacia las gradas superiores que defienden la cima del Castro Valnera. Nosotros la abandonamos para seguir por caminos más difusos entre hierbas altas. Avanzamos en fila, con ese aspecto variopinto, casi estrafalario, que ofrecen las comitivas de espeleólogos, a medio camino entre formación guerrillera y procesión vagamunda. Pertrechados hasta los topes, por las sacas asoma toda suerte de cuerdas, litronas de agua, botas de goma y demás utensilios multiformes, y hasta lo que parece un... ¿piolet?

El terreno ya es muy despejado, tan solo brezales y vegetación baja de altura. El verano se prolonga, e incluso aquí arriba, en Castro Valnera, la temperatura es cálida. Al fondo, hacia el norte, se llega a divisar la bahía de Santander. Seguro que las playas estarán abarrotadas de gente un día más. Sin embargo, nosotros pronto estaremos pisando hielo, a bajo cero, a unos metros de aquí... ¿cómo es posible?...

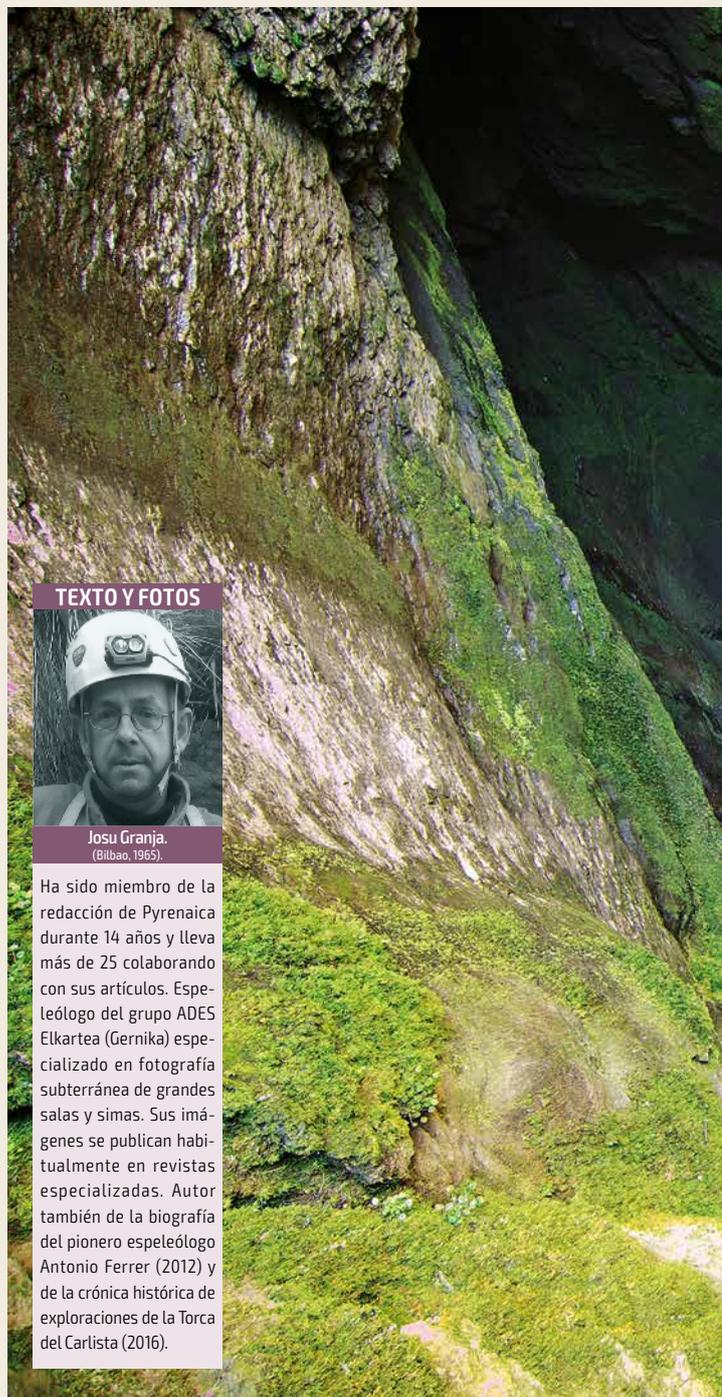
**A lo lejos se divisa el Cantábrico, con las playas abarrotadas, pero nosotros pronto estaremos pisando hielo...**

## RECUERDOS

A nivel personal he de confesar que descender este abismo en 2016 ha supuesto algo muy especial para el que esto escribe, pues recuerdo mis primeros ascensos al Valnera siendo casi un niño, acompañado de mi padre y mi hermano. Aquellas cornisas, con las aguas del deshielo cayendo en cascadas y colándose hacia las entrañas de la tierra; aquella escalera de bancos de caliza y arenisca, con negras grietas entre ellos; ese plano inclinado sobre las gradas superiores, en el que afloran las placas de roca desnuda... todo me impactaba, parecía como si la montaña guardase para sí un mundo subterráneo extraordinario. Sentía una mezcla de curiosidad y temor, a la par que un poco de frustración: nunca llegaría a conocer los secretos del Valnera...

No sabía que, justo entonces, había espeleólogos haciéndolo posible. Tampoco podía imaginar que, con los años, iba a tener la suerte de conocer y entablar amistad con uno de aquellos exploradores, Carlos Puch, y el privilegio de descender el más impresionante de aquellos abismos.

El año 2015, el grupo espeleológico Edelweiss (Burgos) reinstaló por completo la Torca de la Grajera, dentro de un proyecto de in-



### TEXTO Y FOTOS

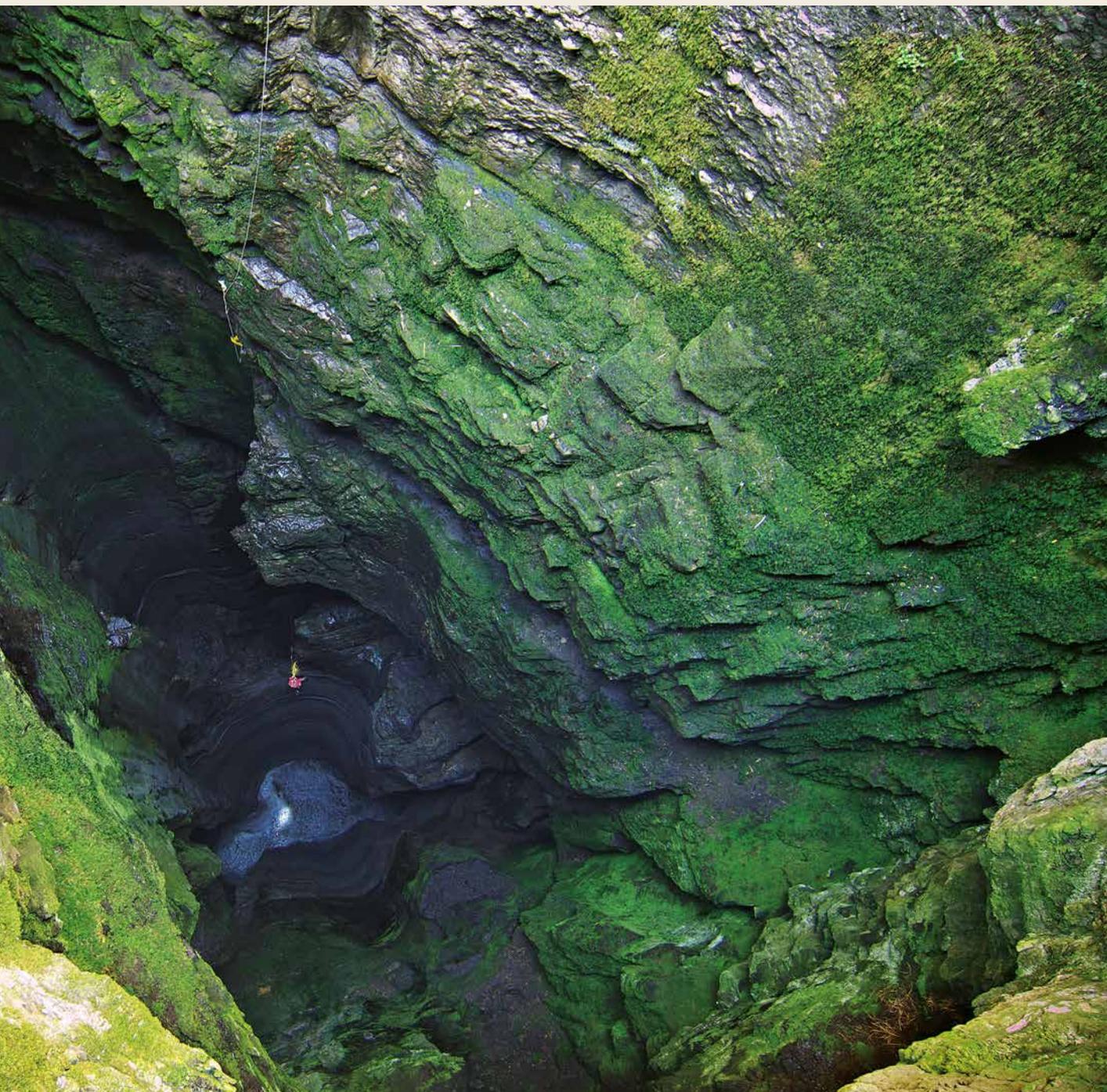


**Josu Granja.**  
(Bilbao, 1965).

Ha sido miembro de la redacción de Pyrenaica durante 14 años y lleva más de 25 colaborando con sus artículos. Espeleólogo del grupo ADES Elkartea (Gernika) especializado en fotografía subterránea de grandes salas y simas. Sus imágenes se publican habitualmente en revistas especializadas. Autor también de la biografía del pionero espeleólogo Antonio Ferrer (2012) y de la crónica histórica de exploraciones de la Torca del Carlista (2016).

vestigación paleoclimática a cargo de la Junta de Castilla y León, la Universidad Complutense de Madrid y el Centro de Investigaciones Medioambientales (CIEMAT). La dramática disminución del espesor del hielo, acaecida en los años transcurridos desde aquel histórico descenso, y sin duda relacionada con la suavización del clima, había puesto en evidencia un pasaje antaño oculto que invitaba a reanudar las exploraciones en este formidable antro.

En 2016 han continuado los muestreos en la columna de hielo fósil y, de paso, se ha podido explorar una nueva red de pozos y galerías que, con toda probabilidad, llegará a comunicar con alguna de las numerosas torcas que perforan la planicie desolada del Castro. Aprovechando la ocasión, e invitado por Carlos y el



El gran abismo de la Torca de la Grajera desde la cabecera. Se distinguen los espeleólogos en el hielo de la base y a -70 m

coordinador de los trabajos en el G. E. Edelweiss, Roberto García, por fin voy a rendir una visita con el objeto de realizar un trabajo fotográfico en la sima.

## LAS FOTOGRAFÍAS DESDE LA CABECERA

Pasando al plano más práctico, los objetivos fotográficos de este día eran, en principio, dos: una toma desde la cabecera exterior hacia abajo y otra, al revés, desde la base de hielo hacia arriba. En la primera era necesario que posara algún espeleólogo intermedio y otro abajo, en el hielo. La mejor visual para esta imagen, siguiendo el consejo previo que nos había dado Carlos,

exigía colocar la cámara en la cornisa que rodea la cabecera. Así lo hicimos, gracias a un anclaje que preparó Josu Ceberio (ADES Elkarte, Gernika). De él partían dos cuerdas, una para el fotógrafo y otra —un cordino auxiliar— para anclar el trípode. Este se colocó en un ángulo aproximado de 45°, lo que permitía inclinar el objetivo aún más y mirar directamente al abismo.

---

**Me descuelgo para colocar el trípode dominando completamente el abismo. Ese momento es para no olvidar**

---



Vistas del primer tramo de la sima

Ese momento, en el que fíjate mi peso a la cuerda y domino el pozo hasta el fondo, es para no olvidar. Abajo, en la penumbra, se distingue perfectamente el tono blanquecino del helero, en una imagen que parece irreal. Normalmente la visión de un pozo hacia el fondo se pierde en la negrura, pero en este caso no, puesto que la luz exterior cae hasta la base y en una pequeña parte se refleja en el hielo.

Para entonces, el espeleólogo intermedio (Alfonso Calvo, de la Sociedad Espeleológica Burmía, de Galdames) se había colocado en un tabique que parte el pozo a unos 70 metros de profundidad. Allí fijó su posición colgado, lo más estable posible, y se hicieron las primeras tomas. En tanto, el resto del grupo siguió bajando hasta la base utilizando una vía lateral, paralela, invisible desde la cabecera. Una vez en el fondo, Idoia Basterretxea (ADES) se comunicó con la cabecera mediante un walkie y pudimos tomar nuevas imágenes, esta vez con los dos espeleólogos de referencia. La dificultad principal para distinguir al personaje en la base era que la perspectiva, forzosamente cenital, apenas permitía divisar el casco y la luz que desprendía, como un diminuto punto de luz. Por ello tuvimos que corregir su posición indicando que posara sentada para algunas imágenes. Durante todo ese tiempo, Írigo Moreno (G. E. Edelweiss), que nos acompañaba en la cornisa de cabecera, hizo un reportaje del making off.

### EL DESCENSO

A continuación, nos tocó iniciar el descenso. Es el momento de concentrarse en ir pasando los fraccionamientos, ajenos en lo posible al inmenso vacío bajo nuestros pies. Pronto comienza a notarse el frío, que va a más a medida que perdemos metros. Al llegar a la plataforma de -70 m nos reunimos con Alfonso. Nos

comenta que prefiere quedarse y esperar instrucciones para volver a asomarse y ayudar desde allí en las tomas realizadas desde abajo hacia arriba. Le dejamos nuestro walkie y proseguimos el descenso hasta a la base. El anteúltimo largo de cuerda da a una rampa de piedras inclinada hacia una ventana que se abre en un lateral, a unos 25 m tan solo de la base del pozo. Por fin se ve el helero en toda su dimensión. Ocupa prácticamente todo el perímetro, separado de las murallas por una rimaya profunda, y con una fuerte inclinación que dificulta encaramarse a la cúspide.

### LA BASE

Aterrizamos con cuidado evitando la rimaya y nos aseguramos en una cuerda fijada a un tornillo de hielo (-185 m). Como esperábamos, la temperatura ha bajado mucho y el sitio no invita a quedarse mucho tiempo. Pisamos una dura costra de nieve helada, que en algunas zonas deja al descubierto la masa de hielo subyacente. Este hielo fósil se muestra brillante y transparente.

**La visión hacia arriba es sobrecogedora. La Grajera es un tubo gigantesco de paredes lisas y brillantes**

Si el descenso hasta aquí ha sido imponente, la visión que se tiene hacia arriba puede calificarse de sobrecogedora. La Grajera se muestra como un tubo gigantesco, con sucesivos anillos horizontales revelando los cambios de litología. Las paredes muestran largas líneas brillantes por la humedad, y sobre nuestras cabezas





Desde la base, Idoia en el último cambio bajo la ventana

se divisa la silueta lejana de la boca. Y luego está el frío, y la extraña luz que cae hasta aquí, y el rumor cadencioso de los goteos...

No hay tiempo que perder, y rápidamente montamos el trípode en un pequeño rellano del hielo, en un punto en que la rimaya no es muy profunda. Idoia, que ya ha empezado a sentir los estragos del intenso frío por la espera, sube ahora hasta el último anclaje de la cuerda, justo antes de la ventana, e Íñigo se asegura con el piolet en la cuesta de hielo, un poco más arriba. En esta posición se obtiene una foto horizontal con la cámara apuntando hacia arriba y los dos espeleólogos posando, y, a continuación, otra mirando más arriba, hacia la luz exterior, para componer luego una imagen panorámica enlazando ambas tomas. Luego comunicamos con Alfonso por el walkie para que volviera a anclarse en el tabique a -70 m, al tiempo que variábamos la posición del trípode subiendo unos metros la pendiente de hielo, hasta dominar una visual vertical que permitiera distinguirlo, con Idoia apareciendo también en la cabecera del último rápel. Durante todo ese tiempo Íñigo siguió registrando la operación en fotos y vídeos. Por último, dimos vía libre a Idoia para que fuera regresando a superficie.

## EL ASCENSO

A continuación subo la cámara hasta la ventana que precede al último salto. Desde allí se obtiene una perspectiva inmejorable de toda la base y el enorme bloque de hielo. Coloco el trípode en la pequeña rampa de piedras que ocupa el suelo de la ventana y realizamos una toma con Íñigo posando lo más alto posible en el hielo y Josu Ceberio iluminando con flash desde una posición inferior, a la par que desde la cámara lanzábamos otros dos flashes a media altura. Acto seguido vencimos la visual hacia arriba para conseguir una toma vertical que enlazase con la anterior, componiendo otra panorámica vertical, desde la base hasta la boca.

Una vez concluido este trabajo, volvemos a comunicar con Alfonso, quien nos va a esperar por si decidimos hacer alguna otra fotografía desde su posición hacia arriba. Subimos todos hasta allí (- 70 m). Este lugar sirve de base a un semi-pozo coalescente con el abismo principal, y hay unos cuantos metros cuadrados de rellano que nos permiten estar cómodo y sin asegurar. Arriba se ve espectacular el puente de roca que da forma a la boca de la sima. Como en este tramo hay más luz, las paredes se tiñen de verde. El paisaje subterráneo sigue siendo extraordinario, y colocamos la cámara mirando directamente arriba. Alfonso se ancla en la cabecera del rápel volado sobre nosotros y podemos realizar dos tomas variando unos metros la posición de la cámara. La iluminación corre esta vez a cargo de Íñigo, Josu Ceberio y quien esto escribe, procurando que el flash recorra las paredes a las que no llega la luz exterior. Son ya las 20 h, con lo que el contraste de la luz exterior ha disminuido lo suficiente para permitir salvarlo con eficacia.

Por fin, después de prácticamente 8 horas de trabajo fotográfico, solo interrumpido por los cambios de posición, regresamos a la superficie. Cae el día, y las grajas que han dado nombre a la torca vuelven en bandada a sus nidos. Parece que la noche será templada y ya se ven las primeras estrellas. Hemos vuelto de la Edad del Hielo a la era actual del calentamiento global. Ha sido un privilegio haber podido conocer y fotografiar este abismo emblemático —y diríase que irrepetible—, gracias a la instalación y la invitación de Roberto García y el G. E. Edelweiss. Mi reconocimiento a él y a los amigos que me ayudaron.

**NOTA:** En junio de 2017 el CIEMAT ha hecho públicos los primeros resultados sobre la datación del hielo fósil en la Torca de la Grajera, que apuntan a la llamada Pequeña Edad de Hielo (XIV - XX).

Detalle de la toma de fotos con el trípode colgando sobre el abismo. Foto: Íñigo Moreno

